

## UNA HISTORIA DEL TIEMPO DE LAS AUSENCIAS

Márgara Averbach

**Argentina. Dictadura** (24/03/1976 – 10/12/1983)

**Presidente derrocado:**

María Estela Martínez de Perón.

**Gobierno de facto:**

Junta Militar: Jorge Rafael Videla, Emilio Eduardo Massera, Orlando Ramón Agosti.

**Acciones de la junta militar:**

Desaparición y muerte de 30.000 personas. Apropiación sistemática de recién nacidos.

Suspensión de actividades políticas.

Quema de libros.

Guerra de Malvinas: 649 combatientes muertos.

*Congelando salarios a culatazos mientras los precios suben en las puntas de las bayonetas, aboliendo toda forma de reclamación colectiva, prohibiendo asambleas y comisiones internas, alargando horarios, elevando la desocupación al récord del 9% prometiendo aumentarla con 300.000 nuevos despidos, han retrotraído las relaciones de producción a los comienzos de la era industrial, y cuando los trabajadores han querido protestar los han calificados*

*de subversivos, secuestrando cuerpos enteros de delegados que en algunos casos aparecieron muertos, y en otros no aparecieron.*

*Rodolfo Walsh, Carta Abierta a la Junta Militar, Buenos Aires, 24 de marzo de 1977.*

**E**l tiempo de las ausencias, ese tiempo de espanto se mueve a su propio ritmo, un ritmo lerdo, espeso. Como si no terminara nunca hasta que, en algún momento, algo o alguien o muchos que trabajan juntos lo termina y entonces una mira atrás desde el alivio, desde una especie de alegría y cuenta. Pero para contar ese tiempo, cuesta encontrar las palabras. Porque casi siempre el espanto queda más allá del lenguaje.

En 1976, yo tenía diecinueve años. En el 83, veinticinco. Me acuerdo porque recién entonces voté por primera vez. Tal vez por eso, me sigue conmoviendo el rumor distinto de las calles en los domingos de elección. Y en realidad, para contar el tiempo del espanto, hay que hablar de lo que vino después. Aunque el espanto era algo mucho más filoso, más definitivo que la falta de votos. Algo imposible de olvidar, como un dolor constante en el centro del cuerpo.

Tal vez, me digo después de varios intentos de contar, habría que buscar una sola historia, no varias. Tengo una, por supuesto. Varias. Y sé que cualquiera de ellas es solamente un detalle, una tontería, apenas cuarenta y cinco minutos en los que yo creí que ese era el final. Que ahí se terminaba todo: la vida, los sueños, todo. La mía no es una historia de las que gritan, de esas que miran hasta el fondo del acantilado infinito de esos años en Argentina, lo confieso. Yo pasé por esos años contando ausencias. Pasé caminando por calles llenas de sangre, calles horriblemente limpias.

Pasé. Hoy respiro en este otro tiempo, tan distinto de aquel otro, denso, lerdo, interminable.

Entonces, estudiaba dos carreras. Letras en la Universidad de Buenos Aires. La Facultad estaba en Independencia al 3000. Y Traductorado Literario de inglés en el Lenguas Vivas. La Facultad —perseguida, especialmente odiada por los militares, vigilada por cientos de ojos— fue un refugio para mí. El Lenguas, no. Al Lenguas estuve a punto de dejarlo cuando me faltaba medio año para terminar la carrera. Resistí a fuerza de conseguir un certificado para faltar durante el Mundial 78 y de decirme que era posible respirar en la puerta cuando llegaba, ahogarme adentro durante tres o cuatro horas y volver a respirar a las seis, cuando subía al colectivo de vuelta. En el Lenguas, el miedo era sólido, concreto y yo era la rara, la distinta, la que veía la sangre por debajo de la limpieza mientras a mi alrededor casi todos estaban cuidadosamente ciegos.

Filosofía y Letras. Para entrar, había que mostrar dos documentos, el nuestro y la libreta, el permiso de entrada sin el cual era imposible cruzar la puerta. Los hombres que los pedían en la puerta tenían el grito fácil y armas pesadas, negras, armas de guerra. En las aulas, había ausencias, huecos, lugares en los que faltaban caras, manos, cuadernos, ideas. No recuerdo el verano. Esos años se lo saltaron. No recuerdo la luz del día. Me parecía que siempre era de noche. Y sin embargo, cuando entraba en la Facultad, documentos en mano, no necesitaba dejar el aire afuera. Ahí dentro, había miradas, sonrisas, charlas rápidas, cafés en el bar de al lado, que entonces se llamaba Diógenes, los ojos siempre fijos en la avenida y la oscuridad creciente. La Facultad era un refugio con goteras por las que pasaban los dedos del miedo, pero era un refugio. Ahora ese sentimiento me parece una hazaña. ¿Cómo hacíamos para sentirlo, para no gritar también cuando todo era grito bajo la máscara limpia, bajo el silencio obligado?

Una noche (era de noche, como siempre en esos años), volví al Sur en el auto de la ayudante del práctico de Griego (siempre fui del Sur, lo sigo siendo, eso también me separaba de las chicas del Lenguas). Ella vivía en Lanús; yo, en Banfield. No recuerdo su nombre: no éramos amigos. En esos tiempos, el refugio de la Facultad eran los otros chicos, los estudiantes como yo. De los profesores, yo no esperaba nada más que autoritarismo. Pocos me dieron otra cosa. En general, eran malos; los buenos, ya no estaban. Eran huecos, ausencias ellos también. Esa chica regordeta, pelirroja, a la que recuerdo por ese único incidente, enseñaba una de tantas materias que yo estudiaba sabiendo que no me servirían de nada, que no las hubiera elegido. En aquellos tiempos, la Facultad tenía una única definición de «Letras», la oficial. No era la mía. ¿Griego? Yo hubiera querido estudiar quechua, guaraní, navajo, swahili.

El tiempo del espanto, el de las ausencias, tiene un ritmo distinto. Lerdo, espeso. Hay partes que no consigo recordar. Por ejemplo, no sé de qué hablamos entre Independencia y el Puente Victorino de la Plaza. Seguramente, con mi mandato de verdad a cuestras, le dije que no me gustaba el griego. Seguramente, ella volvió a decirme la mentira de siempre: que me serviría de mucho, que todavía no me daba cuenta pero... Lo único que sé es que no hubo roces. Que fue una conversación tranquila. Yo era de las que estudiaban mucho: podía darme el lujo de hablarle mal de lo que ella amaba.

Cuando cruzamos el puente, entramos al recuerdo. Y es un recuerdo imborrable. Del otro lado: fábricas oscuras, no supermercados como ahora. El barrio cambió mucho en estos años. Lo que sigue ahí es el semáforo antes de la curva. Todavía siento el aire en suspenso cuando lo veo.

Mi profesora lo cruzó en amarillo, tal vez en rojo. Primero, el silbato. (El silbato nos marcó, a nosotros, los

que pasamos por el tiempo del espanto; yo tiemblo cada vez que me piden el carnet de conducir, el documento; cada vez que me paran en una ruta, no puedo evitarlo). Mi profesora frena, espera. No parece asustada. Yo, que charlo el horror con mis viejos todos los días, me ahogo por dentro.

El policía le pide la licencia sin bajarse de la moto, una moto grande. Ella se disculpa, dice que no lo vio bien, le muestra el documento. Los gestos y el tono de quien no tienen culpa ni miedo. Yo lo haría mucho peor. Ahora se me ocurre que seguramente, ella era de las que no veía los huecos, las ausencias, de las que decía que «acá no pasa nada».

Tan tranquila está que, cuando el policía le dice que lo siga con el auto a la comisaría y amaga meterse la licencia en el bolsillo, ella protesta y dice que él no tiene derecho a llevarse el documento. Es la comisaría frente al restorán Fénix, en Avellaneda. Ahora ya no existe pero durante años, cada vez que yo pasaba por ahí, miraba el lugar exacto en que ella estacionó el auto y lo miraba como miro el mar, que para mí es la imagen del terror: la mirada de alguien que se alegra de no estar ahí dentro, de haber escapado.

Cuando ella protesta, a mí, el horror me hace ruido por dentro justo por debajo del rango del oído humano. Hago un esfuerzo para no ponerle una mano sobre la rodilla y susurrarle Shhhh, no digas nada. Cierro los puños.

La cara del policía es puro asombro. Con ese asombro, pregunta:

—¿Dónde trabaja usted?

—Soy profesora de Griego —dice ella. Eso debería bastar pero ella sacude la cabeza y dice—: En Filosofía y Letras.